

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 66

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE DE 1906

NUM. 566



EL TELEKINO EN FUNCIONES

CANALEJAS.—¿VE USTED, GEDEÓN? CON ESTE ADMIRABLE APARATO SE PUEDEN MOVER LOS BARCOS DESDE LA ORILLA, AUNQUE NO LLEVEN TRIPULANTES RESPONSABLES.

GEDEÓN.—DIGA USTED, D. JOSE... Y ENTONCES, ¿QUÉ HACE EL GENERAL A BORDO?



ANUNCIOS INCOBRABLES



IMITACIONES, PLAGIOS Y USURPACIONES DEL LICOR DEL POLO LÓPEZ

Debemos prevenir á nuestra escasa clientela y á los pocos ministeriales que tenemos en general, ó mejor dicho, por obra y gracia del general López Domínguez, que el inmenso crédito alcanzado por el más conocido de los dentífricos liberales, á pesar de la guerra que le hicieron algunos obispos de muy escasa circulación, ha despertado la codicia y la envidia de algunos aficionados á volver á la Presidencia del Consejo de ministros. No se puede imitar, ni falsificar, ni usurpar el nombre de nuestros productos, sin haber hecho antes méritos suficientes.

El hecho expuesto patentiza la bondad reconocida, especialmente por nosotros, del *Licor del Polo López*.

Hay por esos mundos muchos moretistas y monteristas—que los amigos de Vega Armijo *ni diezman ni primician*, como decía Posada Herrera—tan cándidos ó demasiado *Vivillos*, que creen ó aparentan creer que una historia acumulada en Crimea y en Melilla, principalmente, se puede apropiarse sin exponerse al qué dirán de los canalejistas.

En San Sebastián tuvimos noticia de que una importante—es decir, lo era, que ya...—casa de drogas liberales, elaboraba en el mayor silencio, para ponerlo á la venta en las próximas Cortes, un dentífrico compuesto con ingredientes moretistas, que no eran, ni mucho menos, el *Licor del Polo López*, suponiendo la aludida casa que podía honrada y legalmente seguir preparando el mismo infundio. Asesorada á última hora dicha casa por conducto de algunos ex ministros que la sirven, de que nadie haría ya caso de sus ridículos programas, se apresuró á reconocer en el que suscribe, el derecho que le asistía para impedir tal imitación bórica ó benicia.

Hay un membrete con el nombre y señas de don Segismundo, que dice: Muy señor mío: Por virtud de un convenio con D. José López, propietario de la marca política industrial *Licor del Polo López*, con que se conoce en el salón de conferencias y otros salones, incluso los de limpiabotas, he resuelto no usar, desde hoy hasta la próxima crisis, la denominación *Licor del Polo*, con que había designado el dentífrico que viene anunciando esta su casa desde el fracaso de Montero, rogándole por ello me perdone y proceda á la devolución de los frascos, devolviéndome por lo menos los cascotes. De usted atento y seguro servidor, Que Le Ve La Presidencia, etc.

No citamos nombres ni señas por no mortificar á las personas que reconocieron de buena fe nuestros derechos ya que no dieron lugar á que la cosa pasara á mayores, pero el membrete y hasta los papeles ya mojados están á la disposición del público y los guarda Dávila.

Posteriormente descubrimos en Lourizán otro caso por el estilo. D. Eugenio Montero (q. e. p. d.) estaba elaborando y vendía en combinación con sus yernos otro dentífrico que titulaba *Licor del Polo de Meco*. No habiendo reconocido el farmacéutico mencionado el derecho que nos asistía para impedirle la

elaboración y venta canónica de tal dentífrico nos vimos precisados á ponerle en ridículo entre nuestros amigos y allegados, y afortunadamente el *Licor del Polo de Meco* estaba en tal descrédito, que poco tuvimos que poner de nuestra parte para que ni en Lourizán se vendiese.

Por una sentencia firme alcanzamos el siguiente fallo que nos otorgó el propio Canalejas. Dice así: Fallo que declarando como Presidente del Congreso que los actos ejecutados por D. Eugenio Montero y sus yernos, del que aún nos queda uno en el ministerio López, revisten, á los efectos civiles y á los de la nómina, caracteres de usurpación é imitación de la marca *Licor del Polo López*, perteneciente á D. José López Domínguez, y de imposible competencia en la expendición del específico de su nombre, se debe condenar y condenamos al D. Eugenio y sus hijos políticos al más despreciable de los olvidos. Así, por esta mi sentencia, definitivamente nos sonreímos de Montero, etc., etc.

Ultimamente, en la ciudad de Tuy, no hace muchos días, hemos consentido que se hiciese una furtiva propaganda de un *licorcillo reaccionario*, de conveniencias funestas, especialmente para el conde de Romanones. Comprendiendo la persona aludida que por sus hechos punibles se le irrogaría algún perjuicio—aunque nosotros no pensábamos excedernos,—dió al autor del *Licor del Polo López* una carta prometiendo no volverlo á hacer más, con lo que nos dimos por muy contentos, que del lobo un pelo, y de un obispo lo que buenamente se pueda.

Comprenderán nuestros clientes que en defensa del crédito del *Licor del Polo López*, de las pacíficas virtudes del mismo, puestas momentáneamente en un paréntesis por las imitaciones y usurpaciones que hemos descubierto, nos consideramos en la obligación de que nos dejen vivir, por lo menos, hasta la apertura de Cortes, después de un largo veraneo en el que apenas si hemos tenido tiempo para nada; pero ¡caray! que á nosotros también nos gusta disfrutar del Presupuesto con una relativa tranquilidad, como hicieron los que nos han precedido en la expendición de Licores más ó menos liberales.

Conste, pues, que, hoy por hoy, no hay más cera que la que arde, ni más *Licor del Polo* que el *Licor del Polo López*, con privilegio de invención radical, aunque hasta la fecha lo hemos disimulado todo lo posible.

Por tanto, estamos decididos á proceder con todo rigor, sin cuartel de ningún género, contra los que traten de ofrecer al país cualquier *Licor del Polo* que no sea el nuestro, y nadie más que D. José López Domínguez puede prepararlo con su apellido y con sus tres entorchados correspondientes. Nuestros clientes y amigos deben exigir, aunque no son muy exigentes, el *Licor del Polo López*, con todas las garantías constitucionales. Madrid 29 de Septiembre de 1906.—José López Domínguez.

CARTAS DE QEDÉÓN



Oviedo, 25 de Septiembre de 1906.

Mi inolvidable Calínez: No podía resignarme á volver á Madrid sin haber realizado uno siquiera de los dos ideales que me impuse al comienzo de mi veraneo, y que, como tú sabes de sobra, eran hallar un jefe para los liberales y una novia para mí.

La novia casi quedó apalabrada en La Granja, y como estas cosas de amor, según acabo de oír á Labra en el teatro Campoamor de esta capital, son muy delicadas y sutiles y requieren una suave envoltura de misterio, no quiero confiar al burdo papel de esta carta el nombre de mi prometida, reservándome decirlo al oído ó por teléfono, que es la manera de que lo oigas menos, apenas llegue yo á Madrid.

¿Novia y en La Granja?, dirás tú, ¡verde y con asas!

Pues bien, Calínez, no hagas juicios temerarios y pasemos al jefe de los liberales.

Un jefe de los liberales, pensaba yo, ¿dónde encontrarlo? De pronto me di un golpe en la frente y exclamé: ¿y por qué no preguntárselo á Melquiades Alvarez? Melquiades Alvarez lo sabe todo, lo arregla todo, lo mangonea todo; es como el sindetikon para las encoladuras, ó como la revalenta arábica para la salud de los ciudadanos. Aun para los catarros resulta también infalible, y si toséis, toméis Melquiades Alvarez.

Conque puse todas las mudas que cupieron en una maleta y me vine á Oviedo en pos de Melquiades, como los vascongados, según Salvá, iban al polo Norte en pos del bacalao.

Alvarez no es bacalao todavía, pero sí el que lo corta ya entre los republicanos á la vela, si que también entre los monárquicos con el mismo género de iluminación. En cuanto á lo de las mudas, habrás comprendido ya que eran indispensables tratándose de un político que está siempre con un pie en casa de la lavandera y otro en el carro de Delrieu.

Pero antes de seguir adelante debo decirte, Calínez, que pese á todos los méritos que en D. Melquiades soy el primero en reconocer, por una de esas extrañas y misteriosas anomalías del pensamiento no puedo separar su nombre y apellido de la profesión de confitero.

Verás tú. «Qué discurso tan sublime ha pronunciado hoy Melquiades Alvarez», dice cualquier mo-

retista á mi lado, y yo veo en seguida un rótulo que dice: «Melquiades Alvarez, confitería», y si cierro los ojos hasta se me dibuja el mostrador de la tienda dentro de la retina, con las yemas apiladas en bandejas, una gran fuente de frutas confitadas en medio y coquetonas cajas de bombones formando artísticos grupos por toda la tabla del escaparate. ¿Qué tiene que ver Alvarez con las peras en dulce? No lo sé; probablemente nada. Pues bien, á mí se me antoja que los hace muy bien, y aunque me estén seis meses diciendo lo contrario yo veré siempre á D. Melquiades confitando peras, aderezando yemas de coco, probando el punto de los almíbares, en fin, en esos suaves y menudos oficios del arte confiteril, tan gratos á las monjas, á los hombres sin barba y á los republicanos sin República, que actualmente se estilan.

Ya sé que todo lo que va dicho constituye una aberración de mi pensamiento, pero con alguien tenía yo que confesarme de ese extraño fenómeno mental, y lo hago contigo, Calínez, seguro de que has de hallar disculpa á que yo llame á D. Melquiades Alvarez pastelero, ya que él se apoda á sí mismo republicano, y nadie hasta ahora le ha impuesto la menor penitencia.

Lejos de eso, no hay ninguno que tenga hoy en Madrid tanta mano para lograr destinos, imponer caciques, y hasta preconizar obispos si se le antoja.

Antaño era Frascuelo, el gran Frascuelo, el hombre de las recomendaciones valiosas y seguras. Hoy es Melquiades Alvarez. Sin ceder tanto así de su fe republicana, le ha sacado á la Monarquía más guardias de Orden público, carteros, estancos, peatones, canónigos y burócratas de toda especie, que todo el partido liberal junto. España está dividida del siguiente modo: á los de Guadalajara los coloca Romanones; al resto de los españoles, Melquiades Alvarez. Naturalmente, empieza por proteger á los asturianos, pero después se corre á todas las provincias, y como la langosta, donde él cae no queda empleo libre. Siquiera á Frascuelo, tal exceso de influencia le costaba sus cogidas. A Melquiades, ni eso; torea y coloca desde la barrera ó desde la pastelería, sin temor á un mal puntazo. Si no fuera por tener que oír los discursos de Labra, no habría en el mundo hombre más sano y más feliz que el dulcísimo Melquiades.

Pues sabrás, Calínez, que dí con mis huesos en Oviedo en plenos Juegos florales, y excuso decirte que la hermosa capital asturiana me pareció, por esa circunstancia sin duda, un pueblo un tanto descuidado y algo distante de obedecer sumisamente á la higiene. Ciertamente que la Vetusta del maestro Clarín celebra ahora sus fiestas de San Mateo, y nunca están más sucios los pueblos que cuando están de fiestas, al revés de los chicos, que se lavan la cara cuando se les prometen diversiones.

El menos observador nota que los conciudadanos del insigne Alas, se empeñan en convertir su capital

en una urbe moderna, y que los ediles y autoridades, nombradas sin duda por Melquiades, no se lo permiten. Ello es que la iniciativa particular realiza aquí muchas y muy buenas cosas, pero luego viene Labra de mantenedor y Alvarez de cacique magno, y hay polvo, vejez y abandono por todas partes. ¡Me río yo de la extensión universitaria viendo algunas calles, algunas plazas y algunos alrededores de este simpático pueblo! En fin, él prosperará á pesar de sus numerosos y grandes hombres.

Supe en la misma estación del ferrocarril que Labra estaba manteniendo en el teatro Campoamor cualquier cosa menos sus compromisos políticos, y corrí al teatro en una cesta desvencijada, como se la llevamos todos á mi amadísimo Melquiades. Apenas entré en el coliseo, oí el «¡Caramba, hombre, qué cara tan etc.!» de la Marcha Real, y ya no me cupo duda de que me hallaba entre republicanos. Cesó la música, que saludaba la aparición en el estrado de la reina de la fiesta, y empezó Labra su discurso. ¡Qué cosas mantuvo! ¡Cómo se metió con la Poesía, despreciándola por inútil! ¡Qué bien nos enseñó que la Fe no es sólo religiosa, sino también política, como la que tiene él en el advenimiento de la República, y qué habilidades y exquisiteces nos largó respecto al Amor, á pesar de su venerable barba blanca y de su respetabilísimo coram vobis! Yo estaba encantado, querido Calínez, oyendo á Labra, y acoto aquellas horas como las más felices de mi vida. Jamás volveré á oír tantas vulgaridades juntas, y desde el teatro hasta Cimadevilla las fuí rumiando á mi placer, como rumian los bueyes su más verde y sabroso forraje. Quiero decirte con esto que me hallaba en las mejores condiciones para escuchar á Melquiades Alvarez; pero se me acaba el papel, y las declaraciones políticas que este consecuente hombre público me confió en la puerta de un comercio de Masaven (aquí todas las tiendas son de Masaven), merecen numerosos y satinados pliegos. Quédense, pues, para mañana, como la conversión de estos republicanos á la Monarquía. Te abraza,

GEDEÓN



¡QUIEN PUDIERA ESCRIBIR!

I

Para escoger al caso soluciones
del obispo de Tuy
(transposición se llama...) Romanones
me ha buscado la muy,

¿Qué le iba yo á contar al señor conde
que él no sepa mejor...?
Se ha sentido indignado; pero esconde
su enojo y su furor.

Pensó primero hacer una denuncia
para extinguir el mal...
¡Ya á promover la excitación renuncia
del celo del fiscal...!

Las *témpora*—después—*lidades*, quiso
quitarle de un tirón,
por ver si le faltaba de improviso
la evangélica unción.

Nada estos crematísticos furoros
pudieran resolver...
¡Pues con eso las *témporas*, señores,
poco tienen que ver!

Al cabo optó por escribir á Roma
pidiendo solución,
para que de una vez, y medio en broma,
termine la cuestión.

El no puede escribir. Mala es su letra;
su espíritu también...
Y este favor de Gedeón impetra...
¡Me parece muy bien!

Yo escribí, corrigiendo su dictado
como era natural;
y me atrevo á decir que he suavizado
su tono general.

Fué esa escena que copio, encantadora,
para hacerle un favor,
parodia de la célebre dolora
del Padre Campoamor.

E

—¡Escribidme esa carta al Vaticano...!
—¡Ya sé para lo que es!
—Sí... ¡Para que el obispo Valeriano
dé explicaciones...!

—¡Pues!

—Perdonad, mas...

—¡Buscáis una revancha...!

No me parece mal...

Dadme pluma y papel para otra plancha...
«Caro Merry del Val...»

—¿Caro, decís? En fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis...

—Sí, sí...

¡Bien caro nos resulta!

—Por supuesto...

«Qué triste estoy por ti.

Algo de crisis por tu causa viene...»

—¿Cómo sabéis mi mal?

—¡Para un viejo, un ministro siempre tiene
el pecho de cristal!

«Si no lográis que le reprenda Pío,
se va armar un belén...»

—¡Haced la letra clara, amigo mío,
que lo entienda eso bien!

—«La pastoral me resultó un insulto».
—¿Lo adivinásteis?

—No;

pero al hablar en Nos, buscando el bulto,
parece... ¡Digo yo!

«Y si arreglarlo el Papa no procura
dimitiré...»

—¡... en la mar!

¡Se acordará el obispo de este cural!
¡Le voy á reventar!

—¿Cómo? ¡Así, conde, ofenderéis al cielo!...
Basta con dimitir.

¡Yo no le pongo reventar...!

—¡Ciruelo!

¡Quién pudiera escribir!

III

¡Oh, mi querido Gedeón, en vano
me queréis complacer...!



«ENTRE BOBOS ANDA EL FUEGO»

(NUEVA REFUNDICIÓN, PROPUESTA PARA EL TEATRO ESPAÑOL)

EL ALCALDE.—ESTOY CONVENCIDO DE QUE NO HAY PELIGRO... EL TEATRO SE DESOCUPA EN UN MOMENTO... ¡ESTE HA SIDO UN BUEN ENSAYO GENERAL «CON TODO»!

GFDEÓN.—SI... ¡NO HA FALTADO MAS QUE EL FUEGO!

Yo quisiera, en verdad, meterle mano
¡mas no lo puedo hacer!

Malgré la negacion de mi apellido,
que en esto es radical,
á Roma con fervor me he dirigido,
¡pero resulta igual!

Me señalan de allí como al demonio
y me ácusan de hostil...
¡Porque quise arreglar el matrimonio
con la gota civil!

Ahora resulta que sembré el desorden
con perversa intención...
¡Y por el bollo aquel de la Real orden
me dan un coscorrón!

El obispo será canonizado
Y está de muy buen ver...
Y yo quedo, además, apaleado,
¡qué le vamos á hacer!

Diciendo: «No pensé que ofendería»
ya no hay más que decir...
¡Dios mío, cuántas cosas le diría
si pudiera escribir!

IV

Pues señor, ¡no está mal! Copio y concluyo...
«Al Vaticano...» En fin;
es de necesidad, según arguyo,
conocer el latín.

Suelen triunfar, llegando á estos extremos
los que lo saben bien...
¡Y los simples mortales no sabemos
más que decir *Amén!*



LO DEL ESPAÑOL

El arquitecto Sr. Grases hace mucho tiempo que tiene á su cuidado una elevada y bienhechora misión: la de inspeccionar si los templos del arte grande, chico é ínfimo reúnen ó no condiciones que garanticen en caso de incendio la salvación del público.

Hasta ahora todos los teatros inauguraban sus temporadas sin el menor inconveniente, y claro está que al no poner ningún reparo el arquitecto salvadas, es que reunían admirables condiciones.

Pero este año el Sr. Grases se ha levantado de mal humor, sin duda, y se le han ido metiendo entre ceja y ceja cuantos teatros pretendían declarar abierta la sesión.

La primera víctima fué Eslava. La genial Loreto y el ya casi genial Chicote, arrojados de su *Bayreuth*, con todo el repertorio á la intemperie y dos ó tres estrenos de Jackson, ya separados y escogidos, se vieron en grave aprieto. ¿Dónde ir? Entonces, Chicote escribió tres ó cuatro nombres en unos papeillos, los revolvió en un cesto de la contaduría y sacando uno, leyó: «Lírico». Y, con efecto, al Lírico se fué con toda la impedimenta de Fanosa.

Lo de Eslava tuvo un gran éxito, y la gente, como

quien pide «¡Caballos! ¡caballos!»—que en esto como en todo es cuestión de empezar,—pedía que se cerrasen otros teatros, pues ya nadie se consideraba seguro ni por secciones. Y vino la bomba final. El Español tampoco se podía abrir, según Grases, si no se le colocaban, por lo menos, unas escaleras voladas en la fachada.

—¿Ha visto usted?—decían los amigos de la congregación de María y Fernando.—*¡Volar el Español!* ¡Qué disparate!

—No tiene suficientes salidas para un caso de incendio—agregaba el arquitecto determinador.

—¿Que no tiene suficientes salidas?—contestaba, abriendo puertas, balcones y ventanas, el amigo Ramón Soriano, sin tener en cuenta que si dijo el clásico que *casa con dos puertas mala es de guardar*, un teatro que tiene tantas, según Soriano, ha de ser un compromiso constante.

Los periódicos publicaron un largo documento, elaborado en la contaduría, con el número de puertas, entradas—contando las generales,—huecos, escaleras, peldaños, descansillos y distancia que hay—al centímetro—desde la última fila de butacas al vestíbulo, del vestíbulo á la puerta de la calle, de la puerta de la calle al primer escalón, del primer escalón al segundo, del segundo á la acera, de la acera al arroyo, del arroyo al punto de coches de la plaza de Santa Ana y desde la plaza de Santa Ana al domicilio de cada espectador.

—¿A quién, después de tantas seguridades y de tan minucioso reconomiento, puede importarle un fuegucito?—como decía un amigo americano.—¿A quién puede asustarle un accidente así, sabiendo que de un salto está en el vestíbulo, del vestíbulo en las puertas que dan á la calle, de la calle, etc., etc.?

Ahora que para todo eso, para una absoluta tranquilidad, es necesario pedir en el despacho butacas de la última fila. ¡Caray, y una fila no es suficiente para todos los que conocen la combinación!

La noticia de la clausura del clásico teatro nos produjo un deplorable efecto.

No lo sentíamos, la verdad, ni por los lunes ni viernes clásicos, ni martes de moda, ni miércoles escogidos, ni sábados de gloria, ni domingos populares, ni por no poder admirar á la otra pareja de geniales, al *vis á vis* de Loreto y Chicote, á María y Fernando, en fin, como hubiera dicho Gómez Carrillo, sino por algo más substancioso, más insubstituíble, más... formidable: lo sentíamos—y esto quede entre nosotros—por dos artistas exquisitos, ¿no adivinan ustedes quiénes sean?

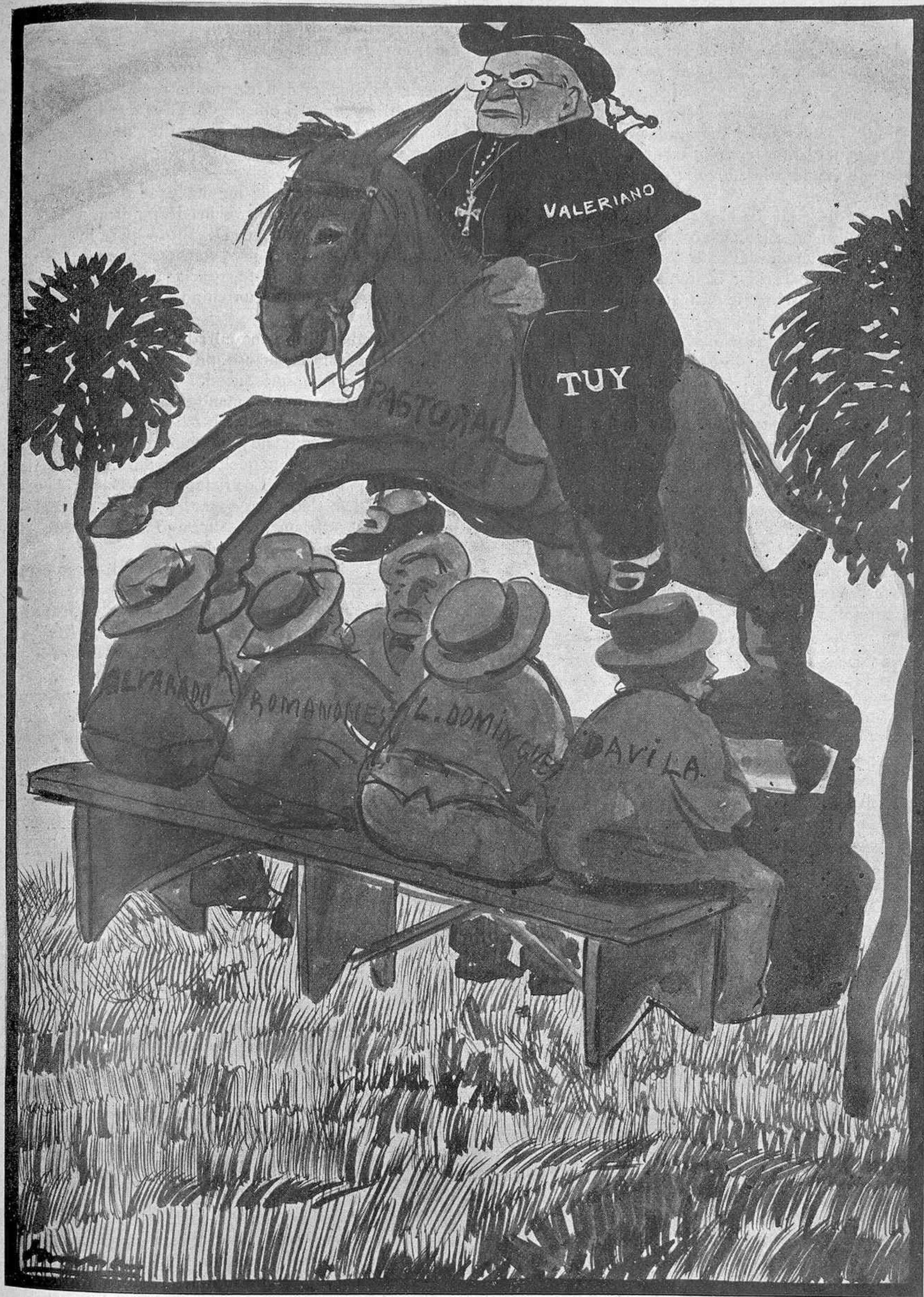
Revelaremos nuestras humanas debilidades.

Por el gran Medrano, emporio de todas las grandezas, ábside de todas las elegancias; y por el ínclito Cayuela, el Fénix de los ayudas de cámara y el hombre mejor *criado*.

¡Ah! ¡No hubiéramos podido resistir una temporada sin verles!

¡Sí, verles; verles por lo menos una noche *e poi morire!*

Afortunadamente, como Grases opina que el Español no se debe abrir y los demás arquitectos lo contrario, cosa muy natural entre compañeros que viven en la más perfecta armonía, estamos seguros de que nuestra más encantadora ilusión se realizará y



EL ÚLTIMO OBSTACULO

(DEL CONCURSO HÍPICO DE SAN SEBASTIÁN)

«EL CONCURSO HA TERMINADO CON EL ÚLTIMO OBSTÁCULO, LLAMADO VULGARMENTE «DEL CONSEJO DE MINISTROS» PORQUE EL INIETE SALTA POR ENCIMA DE UNOS MUÑECOS QUE SIMULAN CONSEJEROS RESPONSABLES.»

(Noticia de la Prensa diaria.)

podremos decir las consoladoras y conocidas palabras: ¡Al fin, solos! ¡Ellos y nosotros!

Como argumento definitivo para convencer á las autoridades de que el Español reúne todas las condiciones que son necesarias para su apertura, propuso Ramón Soriano que se hiciese una cosa así como un ensayo general con fuego aparente, con asistencia de las masas municipales: bomberos, serenos, barrenderos, etc., etc.

Nerón dióse un día el placer de incendiar á Roma para admirar un espectáculo tan magnífico.

Soriano, aunque salvando las distancias, ha pretendido cosa parecida: contemplar con cierto júbilo cómo puede desalojarse un teatro en un incendio, sin peligro alguno y á la voz de mando.

¡Pobres masas movidas á impulsos del Ayuntamiento! ¡Lo mismo interpretan el papel de electores, que el de público sorprendido por un incendio que se suspende á última hora!

Eso después de desempeñar todos los días las labores propias de su sexo.

En fin, que podemos vivir tranquilos, y si algún día ocurriese cualquier accidente en el Español, el público, de seguro, aunque no fuese más que por amor propio, desalojaría el local en menos tiempo aún que lo hubiesen hecho los barrenderos y demás invitados al solemne acto de la evacuación, suspendido á última hora, sin duda por resentirse la obra de ensayos de conjunto.



PIO FELICE

Por fin volvió D. Pío, después de largo veraneo, al dulce calor de sus amigos. Su entrada en el Consejo fué saludada con una calurosa ovación, teniendo que devolver el de Astorga sombreros y carteras y recogiendo una breva que le arrojó—el único que las disfruta—Navarrorreverter, para que se convenciese de que por su parte quedaba olvidado el disgustillo de lo de Suiza.

El que con más alegría abrazó á D. Pío, fué el ilustre Dávila, por el que siente aquél un fraternal afecto.

Como á D. Bernabé no le dan importancia ninguno de los consejeros, aparte de Gullón, es muy lógico que ambos se adoren casi tanto como Baltasar y Rafael, en justa correspondencia.

Para D. Pío no hay hombre como Dávila, y para Dávila, nadie como Gullón.

Sin embargo, una nota triste vino á enfriar el entusiasmo que la entrada de D. Pío produjo en el Consejo.

Todos se fijaron en el silencio de Navarrorreverter, en su poco disimulado mal humor.

—¿Qué es ello, caramba?—dijo D. Pío, poniendo una sonrisa muy graciosa, que guarda para los embajadores de las grandes Potencias.—¿Qué mal bicho le ha picado á usted?

—Nada, no; el tiempo—contestó distraído el de Hacienda.

—¡Vamos, algún carguito de consejero que hemos perdido! ¡Es usted el hombre de la suerte!

—La verdad, es muy extraño—dijo D. Bernabé—

que nuestro compañero se muestre así tan cariacontecido; algo le ocurre.

—¡Hoy que espera el Gobierno un día feliz! Y si no que lo diga el conde, que ha recibido una cumplida satisfacción del obispo de Tuy, que ha prometido, por la esmeralda de su anillo, no volverlo á hacer más... ni nosotros tampoco.

—Señores, lo que ocurre—exclamó dolorosamente el de Hacienda—es que me he tirado una plancha en lo del Tratado con la vecina República.

—¡Adiós!—interrumpe D. Pío.—¡Me lo estaba temiendo! ¿Ve usted? ¿Se convence ahora? ¡Lo de Suiza lo sacamos adelante, gracias á mí! Le han engañado á usted como á un chino, y me alegro, por presumir.

D. Bernabé dirige una mirada aprobatoria á Gullón, que se frota las manos muy satisfecho.

—Bueno, ¿pero qué sucede?—pregunta D. José López, con una candidez manifiesta.

—Pues sucede, mi general—dice con abatimiento Navarrorreverter,—que hoy he tenido muy malas impresiones sobre las negociaciones del Tratado de comercio con Francia. Los delegados de la nación vecina me la han dado con queso, y aunque he conferenciado telegráficamente, supongo que maldito el caso que me harán.

—Pero vamos á ver—añadió el general,—¿no será posible un arreglo?

—Yo—continuó el de Hacienda—no me atrevo á asegurar nada, por si acaso.

—Bueno, ¿y tú qué traes, querido Bernabé?—dijo el presidente, mirándole con ternura infinita.

—Yo, el secreto de todo el verano; del por qué no me he movido del ministerio en la canícula; la piedra filosofal, en una palabra. Este rollo salvador es nada menos que el proyecto de reforma de la Policía. Voy á colocároslo.

Algunos consejeros hacen elocuentes signos de resignación; otros buscan cómoda postura en el sillón para dar una cabezadita mientras tanto.

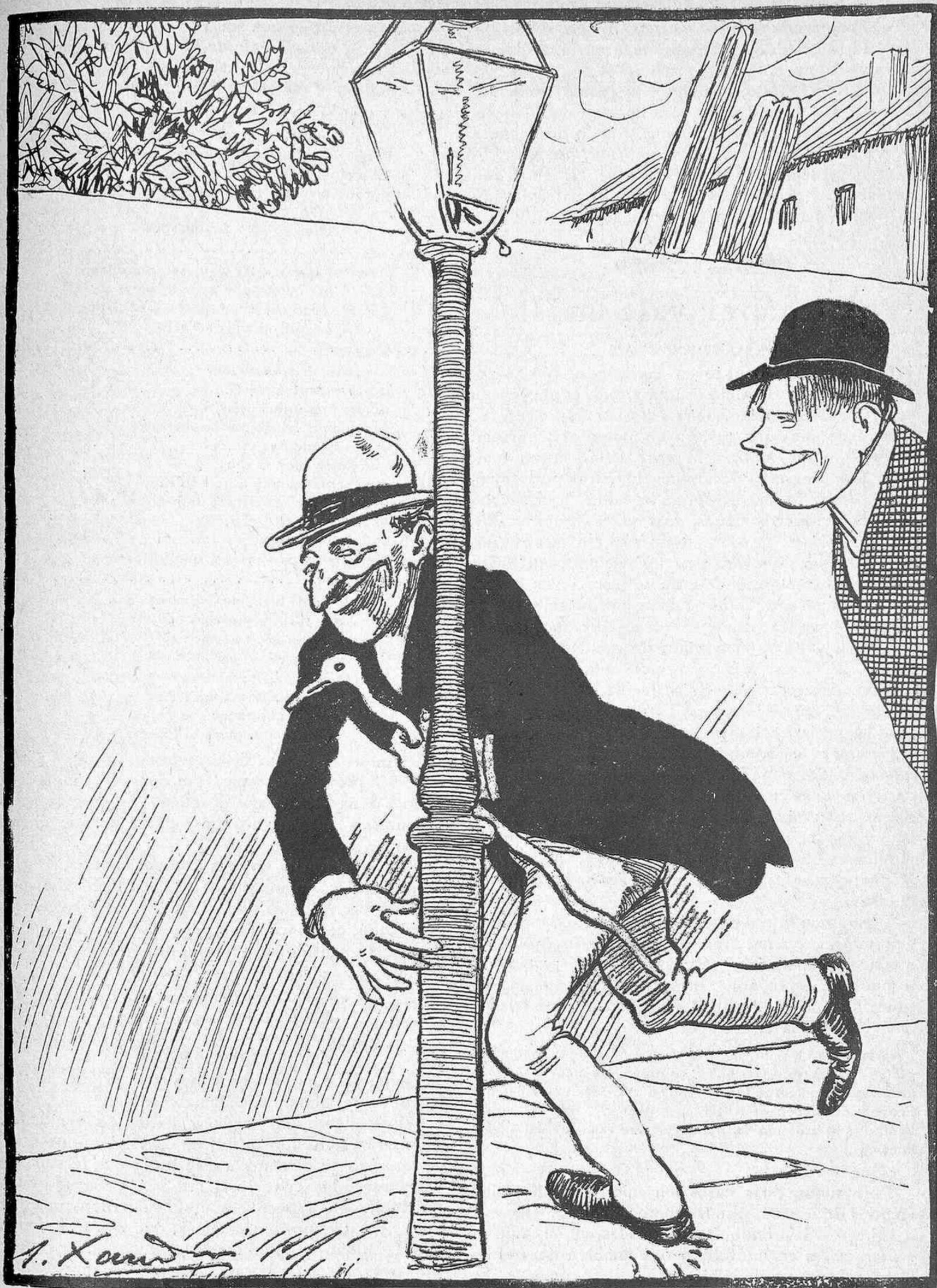
D. Bernabé se pasa la mano por la frente tardando en el viaje más de diez minutos—no hay que olvidar que posee una de las mayores cabezas que se conocen, mayor que muchas de partido,—tose al regreso y se dispone á leer. Poco á poco y pretextando ocupaciones urgentes, van saliendo del salón los ministros, mientras D. Bernabé, inflamado por el entusiasmo de la lectura del proyecto, sigue y sigue sin tomar aliento para que no se pierda el interés ni un instante. Cuando acaba la lectura, D. Bernabé dirige sus ojos, iluminados por el triunfo, en busca de las felicitaciones de sus compañeros.

Y, ¡oh, dolor! tan sólo advierte la presencia del general que ha hecho inauditos esfuerzos por no dormirse, y la de Gullón, que se arroja en sus brazos diciéndole:

—¡Magnífico! ¡Magnífico! Con la policía reorganizada de esa manera, la sociedad puede vivir tranquila; sobre todo, si los ladrones se ponen en razón y acuerdan no molestar á nadie.

—La policía, querido Gullón, era necesario reorganizarla; pero para eso se necesitaba un hombre de voluntad, de trabajo, de cabeza. Pues bien; ese hombre de cabeza, soy yo.

—¡Ah!, sí; no puede usted negarlo—le contestó D. Pío.—Se ve á primera vista.



GEDEON, POLICIA

CALÍNEZ.—¿QUÉ HACES, GEDEÓN? ¿POR QUÉ DAS VUELTAS A ESA FAROLA?

GEDEÓN.—HE COMETIDO UN CRIMEN Y ESTOY BUSCÁNDOME Á MI MISMO... SOY DE LA POLICIA LIBRE

—¿Comprende usted ahora por qué no he salido de Madrid en todo el verano, mientras mis compañeros vivían en holgorio constante? ¿Comprende usted, querido D. Pío, que algo muy grande tenía que bullir dentro de mi cabeza para imponerme tal sacrificio? Pero ahora estoy contento. Puedo decir como D. Venancio Vázquez: *No he perdido el tiempo.*

Y amigablemente D. Pío, el gran D. Pío, don Bernabé y el general, salieron de la Presidencia muy satisfechos de su misión en este mundo.



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Nos ha engañado el joven Gavirondo. No es que pensáramos hallar risa para todo el año en su «obrita» *Los grandes secretos ó el valor del vizconde X*, pero sí creímos que tuviera un poquito de gracia. Pues no, señor, no tiene ni pizca. Esta («novela comprimida») («parodia de los novelómetros por entregas»), es de lo más soso que ha caído, hace mucho tiempo, en nuestras manos. Además es de una inocencia paradisiaca. Y, sobre todo, está tan mal escrita, que, á su lado, son verdaderos monumentos literarios las novelas que pretende satirizar este joven audaz.

Pero, á pesar de estos pequeños inconvenientes, es indudable que Gavirondo se cree un chico muy gracioso, y que tiene ya su poquito de vanidad literaria... ¡Vaya...! No hay más que ver con qué cara de satisfacción aparece en el retrato que ha colocado en la portada, y cuán desdeñosamente trata á esas novelas, ¡que ya quisiera escribir el amigo en sus días de fiesta! Y esto no es un bombo á ese género desapacible.

Gavirondo es un buen muchacho, que ha llenado de letras unas cuartillas, que se las ha leído á otros chicos de su misma edad para hacerles de reir las tripas, y que luego las ha publicado creyendo que el público es otro muchacho como ellos... ¡Por Dios, Víctor; esas cosas no se hacen...! Y si se hacen, no se publican.

Y para que la travesura sea completa, el autor de *Los grandes secretos*, etc., etc... le pide un prólogo á uno de sus camaradas, y éste va y lo hace, ¡y también se publica...! He aquí, entre otras cosas igualmente sudoríficas, lo que escribe Leovigildo Cózar é Iriarte, que así se llama el prologuista:

«Me vuelvo arado, me encaro con mi amigo, dando á mi rostro la expresión más feroz; protesto, me niego á escribir; pero mis argumentos son rebatidos, entre las risotadas que provoca mi «feroche» rostro, y suelto el trapo al mismo tiempo que empuño la pluma y trazo estas mal hilvanadas líneas.»

¡Qué horror!

Pero todas estas cosas son miel sobre hojuelas, como si dijéramos, si se las compara con las *Poesías* (!) del propio Gavirondo, coleccionadas con el título de *Vulgaridades* en un folleto que también lleva el retrato del autor en la cubierta.

Casi todo el mundo ha hecho versos malos, y medio mundo, lo menos, los ha publicado con el noble deseo de que los admire la posteridad. No íbamos á censurar, por lo tanto, al joven Gavirondo porque participara de este vicio colectivo. Pero ¡es que Ga-

virondo no sabe lo que son versos! Escribe renglones cortos, unos debajo de los otros, sin que le importe que sean de distintas sílabas ó que no sean mensurables, ¡y tan tranquilo!

Por ejemplo:

«Y si no, ¿te acuerdas, mi prenda querida, lo que el año pasado aquí hizo la presa?
El pueblo quería detener el agua,
porque dice que hacía daño en las piezas.

¿Y qué sucedió?

Dime... ¿No te acuerdas?»

«¿Por qué acertar siquiera yo no llego ese oculto por qué que me hace pensar en que si seré ciego, en que mi alma no ve?»

«Bajo frondoso árbol de corpulentas ramas, donde cantan los pájaros sus divinos trinos por las mañanas y en sus nudosas raíces, que dulce lame el agua, le vi sentarse muy desconsolado, con el corazón partido, deshecha el alma, la cabeza en el pecho, en la cara la palma de sus nerviosas manos, que furiosas»

«Mi bien, dulce encanto mío, por ti sufro amargas penas y tú no me las remedias á pesar de mi cariño.

No, no; tú á mí no me quieres, ya sé que tú me desprecias, bien sé que tú me aborreces, y aunque tú nunca lo quieras,»

Pregunte el joven Gavirondo á cualquier aficionado á las letras—ya que, por lo visto, no ha saludado á doña Retórica y Poética,—y se convencerá de que *esos renglones* no son versos, aunque él crea que sí.

¡Y todavía grita en una composición (!): *Yo no puedo escribir*, como gritaba nuestro buen Cuquere-lla...! Más justo es que dijera: *Yo no debo escribir*; añadiendo, con sinceridad: *porque no sé*. Y en esto no hay doble sentido. Gavirondo declara, inconscientemente, que no sabe escribir, cuando dice:

«Siempre me pasa igual; tomé la pluma, llamo á la inspiración,

y veo con pesar que á mi alma abrumba, que no escribo un borrón.»

Quien cree que los borrones se escriben, no sabe lo que materialmente se llama escribir.

¿O será esto un pequeño alarde de vanidad...? ¿Pensará Gavirondo que él no *escribe* borrones?

En serio le diremos á este joven que le soltamos estas verdades con cierta crudeza, pensando en su felicidad. Su aspecto es muy simpático; su edad, muy tierna; es posible, además, que viva en la industriosa Bilbao, donde fecha sus folletos... ¡Déjese, por Dios, de estas cosas, y métase en una de esas lucrativas tareas que han enriquecido á sus compatriotas! Esto mismo viene á decirle, entre líneas, Herminio Madinaveitia, prologuista de sus *Vulgaridades*:

«Si las necesidades apremiantes de la vida le acucian, guar-

de este volumen—la rosa seca de los primeros amores,—no le dé una continuación.....

... Porque créame, Gavirondo, y tómelo como consejo: escribir versos es muy grande, muy hermoso, mas... usted ya sabe lo que quieren decir unos puntos suspensivos colocados á tiempo.»

Sí, joven simpático... ¡Puntos suspensivos...!



... y armas al hombro

Puede darse por terminado el ruidoso asunto de la pastoral.

¿Quién ha vencido? ¿El obispo...? ¿Romanones...?

El ministro de Gracia y Justicia se da por satisfecho con la solución, y el Gobierno también.

Y la solución no puede ser más sencilla.

El prelado mantiene lo dicho, y únicamente está obligado, por mandato de Roma, á suavizar las palabras.

Como se ve, el Gobierno en general, y en particular el señor conde, nos dan un alto ejemplo de evangélica resignación, que todos debemos imitar por los siglos de los siglos. Amén.



Esta especie de rectificaciones nos han parecido siempre graciosísimas.

Y el presente caso nos recuerda el de muchas cuestiones personales originadas por agresión de obra, que se arreglan retirando la primera bofetada al primer agresor.

Aquí no se llega á retirar la bofetada; aquí se dice que la bofetada fué con guante.

O mejor: la mano que pegó ¡se pone el guante después de haber dado la bofetada!



Siempre es bueno que las cosas se arreglen pacíficamente, y en este caso mejor que mejor.

Y eso que á muchos les parece demasiado optimismo el del terrible conde.

El otro día, precisamente, nos dió una prueba más de su confianza y de su tranquilidad, respecto á lo que llaman los periódicos democráticos «el avance del clericalismo».

Estuvieron en La Granja el arzobispo de Valladolid y los obispos de Segovia, Avila, Ciudad-Rodrigo, Astorga y Zamora, siendo recibidos amablemente. Quien los recibió vestía traje de americana clara, según hicieron constar los cronistas de la corte.

Y como alguien dijera que los prelados fueron á entregar un mensaje ú otro documento análogo, contestó el conde inmediatamente:

—¡No hay nada de eso...! Fíjense ustedes en que vestía traje de americana clara quien los recibió.

—¿Y qué?

—Pues que, en caso contrario, la americana hubiera sido obs-cura.



Celebramos, aplaudimos y recomendamos ese optimismo de Romanones.

Y le celebramos tanto más, cuanto que no le creímos capaz de poseerle.

Ya se ve que el señor conde, dicho sea salvando la comparación, se parece al teatro Español.

¡No es posible que se queme, aunque así lo declaren las personas más ó menos peritas!



Porque el clásico coliseo, si no está poco menos que á salvo de uno de esos terribles accidentes, no será por falta de seguridades..

Seguridades escritas, por supuesto; pues de las otras no anda tan bien como parece.

Nosotros, sin embargo, descansamos en el dictamen facultativo, y aseguramos que, en caso de incendio, los espectadores saldrán con desahogo y sin accidentes de ninguna clase.

Además de todas las puertas, ventanas y escaleras que tiene para salir, se ha dispuesto aumentar las contraseñas de salida.

Esta medida gedeónica nos complace particularmente.



Lo que sentimos es que no se haya verificado el ensayo de incendio, con espectadores municipales—guardias, bomberos, barrenderos, etc., etc.

Los héroes de este simulacro nos hubieran dicho: —Se sale muy bien... ¡Salimos como entramos: de balde!

Y al preguntarles por el *plus* recibido, habrían dicho, seguramente, los bomberos:

—¡A nosotros no nos dieron ni agua...! ¡Como en todos los fuegos!



Porque ¿quién ignora que en los incendios madrileños tarda el agua en llegar á las mangas tanto como tardó Dávila en llegar á ministro?

Hace pocas noches nos convencimos *una vez más* de esta tristísima verdad.

Fué en el incendio de la Fábrica de Tabacos. Las llamas devoraban las naves, y los bomberos no podían atajar el voraz elemento, por falta del otro.

Y contemplaban cómo ardían los puros, mucho mejor allí que cuando se expenden al público.

Porque cualquiera pensaría que en esos fuegos anuales, la Arrendataria encuentra un argumento para demostrar á los consumidores que arden perfectamente sus puros.



Ay...! En cambio, el puro de la jefatura liberal, apenas arde, ya se está apagando...

Es decir, como arder, ya ardió bastante, aunque con grandes esfuerzos de los fumadores.

Chupáronle Moret, Montero, López Domínguez... Y hay quien asegura que el general le va á dejar de fumar á Canalejas.

¡Poco va á ser!

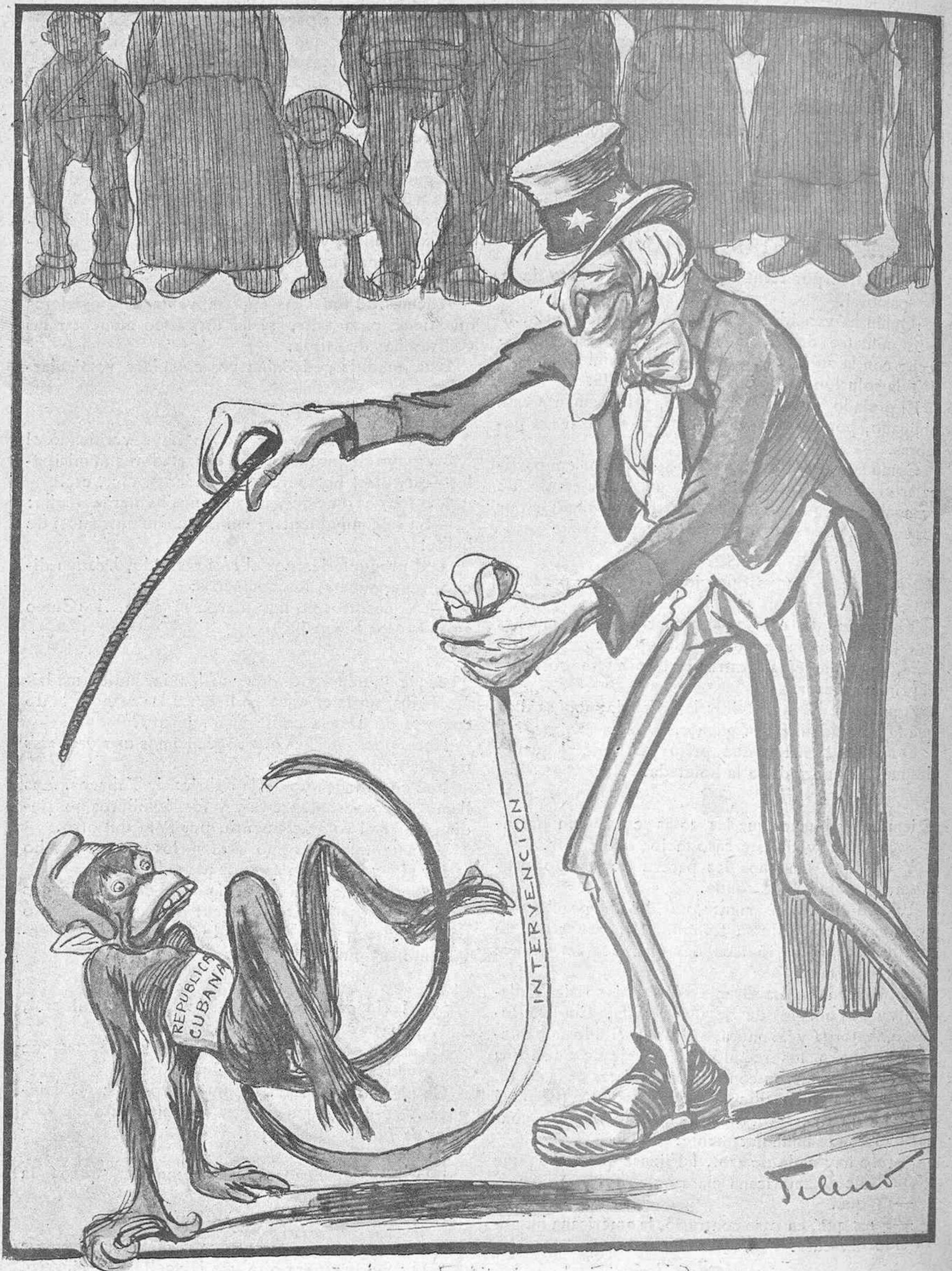
¡Porque del famoso puro apenas si queda la colilla!



Esto creemos nosotros; pero alguien supone que D. Segis espera otra vez la vuelta del cigarro.

¿Será posible? ¿Va á contentarse un fumador como él con una punta ya insignificante?

Nosotros pensamos que si trata de fumarse un puro de la misma marca, ¡Moret tendrá que encender otro!



EL TITIRITERO Y LA MONA

(FABULITA)

El tío Sam. — PUEDES SALTAR CON TODA LIBERTAD... ¡HASTA QUE SE ME OCURRA TIRAR DE LA CUERDA!